

—¡Un coche!

En efecto; justo sobre la línea del horizonte, flotaba una polvareda color rosa.

—Probablemente kirguises.

Comenzaron a discutir. Drevesinin afirmaba que los kirguises vivían mucho más lejos, y no vendrían a ponerse al alcance de Selivanov. Y Afanasij Petrovich opinaba que, seguramente, eran kirguises, a juzgar por la magnitud de la polvareda. Pero más tarde, cuando la polvareda se desarrolló más cerca, todos quedaron de acuerdo:

—Gente desconocida.

A la voz de sus amos, los caballos ventearon. Algo extraño se acercaba en el viento. Levantaron las orejas y, aun antes de oír la voz de mando, se acostaron en tierra. Sus cuerpos grises y morenos, con las delgadas patas, parecían en la hondonada grotescos, lamentables. Como por vergüenza, los animales cerraban los grandes y espantados ojos y jadeaban en cortas inspiraciones.

Selivanov y el cajero Afanasij Petrovich se tendieron al borde de la hondonada. El cajero hablaba de nariz, sorbiendo sus lloros. Para que no se amendrentara, Selivanov lo tenía siempre a su lado. Su plañir de niño casi le divertía, y hacía latir con petulancia su rudo corazón de *mujik*.

A lo largo del camino se desarrollaba la nube de polvo. En apretado ritmo rechinaban las ruedas, y como polvo tremolaban las largas y negras crines de los caballos.

—Rusos—dijo Selivanov, convencido. Y llamó a Drevesinin. En un carro nuevo de mimbre sentábanse dos viajeros, tocados de gorros militares rebordados de rojo. El polvo no permitía distinguir las caras, que parecían flotar entre un humo amarillento. Se veía sobresalir el empujado cañón de un fusil, y, de tiempo en tiempo, un brazo que restallaba un látigo.

Drevesinin, después de meditar, dijo:

—Oficiales... Oficiales en comisión... Una expedición.

Y guiñaba los ojos y el rincón de la boca:

—Buen recibimiento van a tener.

El coche acercaba a los dos viajeros, los acercaba indefectiblemente, seguramente. Los caballos tiraban delante, y la polvareda, detrás, como el rabo de un zorro, barría los rieles de las ruedas.

Plorante y despaciosamente, dijo Afanasij Petrovich:

—Esó no, muchacho. Mejor será cogerlos prisioneros.

—¿Y tú no piensas en tu cabeza?

Selivanov se encolerizó; y sin decir nada, de la misma manera que si fuera a desabrocharse un botón, apoyó el dedo en el gatillo de su fusil.

—No es cosa de llorar ahora.

Lo que más le exasperaba era que los oficiales se hubieran aventurado solos por la estepa, sin escolta, como si el número no tuviera importancia para venir a desafiar a los *mujiks*.

Uno de los oficiales se alzaba constantemente en el coche examinando la estepa; pero sólo veía el polvo, el viento rojo de la tarde sobre la hierba agostada, sobre aquellas dos piedras al borde de la hondonada semejantes a grupas de caballos muertos. Y en la roja polvareda, el coche, las ruedas, los hombres, y con ellos sus pensamientos.

Disparos... una descarga.

Los dos gorros chocaron uno con otro y cayeron a la vez hacia atrás, derribados. Las riendas se aflojaron de pronto como si hubieran reventado. Los caballos se encabritaron, impetuosos. Primero, desbocados al galope... Mas de pronto, sus cuellos se cubrieron de lechosa espuma. Con sus elásticos músculos, temblando, inclinaron la cabeza y se quedaron quietos.

Afanasij Petrovich declaró:

—¡Están muertos!

Los *mujiks* se acercaron a mirar. Los dos viajeros estaban muertos en efecto, sentados hombro contra hombro, las cabezas caídas hacia atrás,

como capuchas. Uno de los muertos era una mujer. Sus cabellos estaban sueltos y casi en su mitad cubiertos de polvo, negros y amarillos; su blusa de soldado se abombaba sobre su pecho de mujer.

—¿Y ahora?—dijo Drevesinin—. ¡La culpa es suya! ¡Si no se hubiera puesto un gorro de soldado! ¿Quién iba a matar una mujer?... Precisamente, necesitamos mujeres.

Afanasij Petrovich gargajeó:

—Eres un monstruo, un burgués... No tienes corazón.

—Alto!—interrumpió Selivanov—; no somos salteadores. Hay que hacer el inventario de los "bienes del pueblo". Trae acá papel.

Pero en el pescante había, entre otros "bienes del pueblo", una cesta china de junco trenzado, y en ella un niño de pelo y ojos claros. Un niño de teta, que gemía débilmente y sujetaba en su manita la punta de una oscura colcha.

Emocionado, Afanasij Petrovich, dijo:

—¡Miradle! También él dice en su lengua que...

Los *mujiks* compadecieron otra vez a la mujer y decidieron no despojar al cadáver de sus ropas. Pero el hombre fué enterrado desnudo en la arena.

3.

Afanasij Petrovich volvió en el coche; acunaba al niño en los brazos y le cantaba bajito:

*Ruiseñor, pajarito...  
canario, canario,  
que cantas tristemente*

Recordaba el pueblo de Lebiashij—su tierra—, los ganados, la familia, los pequeños, y lloraba. El niño también lloraba. La arena quemaba, sedienta, seca, pasaba aprisa y lloraba. Sobre sus elásticos caballitos mongoles galopaban los *mujiks*; quemados están los rostros, reseca las almas. A lo largo de la senda, tiembla la planta del ajeno, ahogada por el sol, menuda, apenas visible, casi igual a las arenas. Y la arena es como el ajeno: fina y amarga.

¡Oh sendas! ¡Sendas de musmones! ¡Desiertos de arena! ¡Amargos arenales! ¡Mongolia, feroz y triste animal!

Los *mujiks* revisaron los efectos de los oficiales. Libros, una maleta con tabaco, instrumentos de reluciente metal. Uno de ellos, montado sobre tres largos pies, una cajita cuadrangular de cobre con una escala.

Los *mujiks* se agruparon. Miraban, palpaban, manoseaban los objetos. Los sopesaban en la mano.

Los *mujiks* trascendían a sebo de carnero. En su largo tedio, no hacían más que comer, y sus ropas se habían impregnado de grasa. Unos eran de pómulos salientes y labios finos y suaves; éstos procedían del Don. Otros, de cabellos negros y largos, y morena piel, eran los de las minas de cal del Irtich. Todos tenían las piernas arqueadas y la voz gutural de la estepa.

Afanasij Petrovich alzó el instrumento de tres pies.

—Un *tiliscopio*—dijo.

Y guiñando sus ojuelos, añadió:

—Un buen *tiliscopio*, que vale millones. Por aquí se ha visto la luna, muchachos, y se han descubierto en ella minas de oro. ¡Y qué oro! Ni siquiera se necesita lavarlo. ¡Oro puro como harina! No hay más que echarlo en sacos.

Un joven, que había estado en la ciudad, reventó de risa:

—¿Qué fantaseas tú ahí?

Afanasij Petrovich montó en cólera.

—¿Que yo fantaseo? Espérate, tú, barbas de maíz.

Repartieron el tabaco. De los utensilios se encargó Afanasij Petrovich, que como tesorero podía cambiarlos a los kirguises por otra cosa, si a mano venía.

Él puso los instrumentos delante del niño.

—Anda, diviértete.

El niño no miraba; berreaba. Afanasij Petrovich intentó calmarle con una y otra cosa; el sudor ya le inundaba. Pero el niño gritaba cada vez más.

Los rancheros trajeron la comida. Olía fuertemente a manteca, sémola y berzas. Todos sacaron de la caña de su bota la ancha cuchara de madera, y sentáronse a la redonda sobre la hierba pisoteada. La cañada es honda y sombría. Arriba, un centinela a caballo grita:

—Acabad pronto... Quiero comer. ¡El relevo!

Después de comer, acordáronse de que el niño también tenía que ser cebado. El pequeño seguía llorando, sin consuelo.

Entonces Afanasij Petrovich mascó un poco de pan para ablandarlo, y lo empujó en la boquita abierta y húmeda, castañeteando con los labios.

—Ta, ta... está muy bueno... come, gorrión.

Pero el niño cerró la boca y apartó la cabeza. No quería... Lloraba a más y mejor. Los *mujiks* se habían reunido alrededor y miraban al niño, unos por encima de otros. Y callaban. El calor era abrasador. La grasa relucía en labios y mejillas. Las camisas desabrochadas y los pies desnudos, tan amarillos como el suelo de Mongolia. Uno propuso:

—Démosle sopa de berzas.

Afanasij Petrovich mojó el dedo en el *stschí* y se lo metió al niño en la boca. La sabrosa sopa grasienta resbaló de los labios y fué a manchar la camisita rosa y la manta de franela.

El niño no quería tomar nada.

—Un perro cachorro es menos tonto, porque nos chupa el dedo.

—Pero entre un perro y un hombre hay su diferencia.

—De todos modos...

No había leche de vaca. Pensaron entonces en la leche de yegua; yeguas sí tenían. Pero se quedó en que esta leche no es buena. Emborracha, y el niño podía enfermar. Entonces se dispersaron en grupos, entre los carros, y cambiaron impresiones. Afanasij Petrovich corría entre los carros, sobre los hombros un raído *beschmet*, los ojos tan pequeños que parecían rasgaduras. Su voz sonaba aguda, ansiosa, infantil, como si fuera el propio niño.

—¿Qué hacer?... Si no come... Será necesario...

Anchos, corpulentos, cruzan entre sí miradas de impotencia.

—Esto es cosa de mujeres.

—Desde luego.

—De manos de una mujer tomaría hasta cordero.

—Así dicen.

Selivanov les reunió a todos, y declaró:

—No vamos a dejar perecer a un hijo de cristianos como a una bestia... Puede que el padre fuera un burgués, pero el niño no tiene la culpa.

Todos los *mujiks* dijeron a una:

—Claro, la culpa no es suya.

Drevesinin rompió a reír:

—Criémosle. Crecerá entre nosotros y le haremos volar a la luna... A las minas de oro...

Pero los *mujiks* no reían. Afanasij Petrovich alzó el puño, exclamando.

—¡Perro sarnoso! ¡Rastrero!

Se balanceó sobre una y otra pierna y agitó los brazos. Y de repente, gritó agudamente:

—¡Una vaca!... ¡Necesitamos una vaca!

Todos exclamaron con una sola voz:

—Sin vaca, se muere.

—La vaca es imprescindible.

—Sin vaca, se acaba.

Afanasij Petrovich dijo resueltamente:

—Muchachos, me voy a buscar una.

El socarrón Drevesinin interrumpió:

—¿Adónde? ¿A Irtich? ¿A Labiashig?

—A Irtich no necesito ir, granuja; voy adonde los kirguises.

—¿Y te la cambiarán por el *tiliscopio*?